

XXX.

La tradicion de los Mijes.

Todos los indios salvajes ó cultivadores, son igualmente estraños á los sentimientos tiernos y delicados que ennoblecen los placeres del amor. El carácter del salvaje, es guerrero y feroz; el del indio cultivador, pacífico y dulce. El primero es enemigo eterno de las razas blancas, y no sueña mas que con su destruccion; el segundo vive en medio de los establecimientos de los europeos, á donde lleva el producto de sus faenas agrícolas.

Aunque el amor no hace nacer ni en unos ni en otros, ningun sentimiento delicado, sin embargo, la condicion de la mujer se encuentra sensiblemente mejorada entre los indios cultivadores.

La prometida de un salvaje, no es mas que un mueble con el cual desea adornar su cabaña, y al

ser esposa, se convierte en una esclava, condenada al servicio de una bestia de carga. Entre los indios cultivadores, el destino de la mujer es mas noble; los esposos dividen entre sí, de un modo equitativo, las penas y los trabajos. El apache, el charoqui y el siux, en una marcha fatigosa, se balancean indolentemente á caballo, en tanto que la mujer camina á pié, llevando, además del fusil del cazador, el morral y las provisiones de viaje. Si sucediese que pariera en el camino, lava al recién nacido en el primer arroyo que encuentra, y despues yuelve á seguir el paso del caballo. El indio cultivador, por el contrario, vá siempre á pié con su mujer y sus hijos, cargados con un peso proporcionado á las fuerzas de cada uno. Todos los miembros de la familia trabajan igualmente, desde el niño hasta el viejo; pero la mujer, cuando está adelantada en su embarazo, se halla exenta de las faenas. En las aldeas del sudoeste de Méjico, vá á los mercados vecinós montada en un asno, y su marido la acompaña á pié. Todavía hay un punto de las costumbres conyugales en que el salvaje difiere del cultivador, á saber: que aquel no es nada celoso, en tanto que este es fiel guardador de sus derechos de esposo. El osage, el pied-plat, el pawnie, venden el honor de sus mujeres por un puñado de pólvora ó una botella de aguardiente; el apache y el comanche obligan al blanco que ha caído entre sus manos, y en quien han admirado el valor en el combate, á

unirse á los suyos para perpetuar su raza, en tanto que el indio se irrita por las faltas de fidelidad, y se venga algunas veces de una manera terrible.

Por una anomalía singular en el carácter del salvaje, los charoquis (antiguos seminoles que, obligados por los anglo-americanos á abandonar las Floridas, se han retirado al desierto) se hacen acompañar en sus expediciones de las jóvenes públicas, á quienes martirizan con el desprecio, y á quienes relegan á una estremidad de un campo, de donde les está prohibido separarse. ¿Qué causa conduce á tal rigor? Se ignora. Quizá este castigo recaiga sobre las jóvenes que se han hecho madres antes de llegar á ser esposas, ó quizá es la condicion reservada á las mujeres que permanecen célibes y estériles; porque estos pueblos del desierto, cuya existencia, en medio de enemigos poderosos, se encuentra subordinada al número de sus guerreros, creen que el Mal Espíritu habita en el seno de la mujer que no dá un defensor más á la tribu.

Los indios mijes habitan una comarca montuosa al sudoeste y al nordeste de Tehuantepec, y hablan una lengua particular. Menos civilizados que los indios zapotecas, se comunican poco con ellos, y observan todavía las prácticas de su antiguo culto.

La aldea de Guichicoyi es la capital de los mijes. Este pueblo ofrece un carácter original, que no se encuentra en ninguno otro de Méjico. He aquí lo que sobre el origen de estos indios ha dicho un colono que habitó cerca de un año entre ellos:

ix «Cuando Pizarro y sus compañeros conquistaron el Perú, la mayor parte de los habitantes de los valles de los Andes huyeron para sustraerse á los males de todo género con que los vencedores los abrumaban. Retiráronse á las montañas, dejando el desierto entre los españoles y sus guaridas. Otras familias, todavía más recelosas, tomaron la resolución de escapar á toda costa, á través de las cordilleras, y después de una marcha de muchas lunas, llegaron á las orillas del Sarabia.

Creyéndose allí al abrigo de las persecuciones de sus enemigos, deliberaron acerca del país que debían saldar con el dulce nombre de patria. Los más ancianos sometieron á la prueba del fuego el terreno que pisaban. Enterróse un tizon encendido en un hoyo hecho espresamente, y al día siguiente estaba apagado. Entonces presagiaron que la voluntad del sol era que sus hijos continuasen su camino. En el mismo instante partieron cuatro emisarios para buscar un paraje mas conveniente. Después de algunas horas de marcha, sentáronse fatigados y jadeantes á la sombra de un enorme coapinol, cuyas largas ramas, guarnecidas de un espeso follaje, les protegía de los abrasadores rayos del sol. La notable belleza de los alrededores, y las altas montañas que circundaban el valle, fijaron la elección de los emisarios. Renovóse la ceremonia religiosa del Tizon, y habiéndose conservado el fuego hasta el día siguiente, se decidió unánimemente que este paraje era el término del viaje y la nueva

pátria que el sol destinaba á sus adoradores. Huixicovi (pueblo nuevo) es el nombre que hasta nuestros dias le han conservado los desterrados de los Andes, y el coapinol todavía es para ellos objeto de una gran veneracion y de un culto religioso, á los cuales nada podria hacerles renunciar. El sol no tiene, como antiguamente, en Quito, su templo resplandeciente; sus vírgenes, sus solemnidades, todo ha desaparecido. La cruz se ha levantado triunfante por todas partes, pero le quedan aun muchos corazones que ganar entre estos indios. La creencia de sus antepasados se ha mantenido intacta entre ellos, trasmitiéndose de generacion en generacion. Los tormentos han podido obligar á algunos á la hipocresía, pero en las tinieblas se reunen para entregarse en el fondo de alguna caverna, á las prácticas de su culto nacional. Un clérigo, que fué hace pocos años á Guichicovi, osó, en la exageracion y el fanatismo de su celo, levantar el hacha sobre el árbol sagrado, sobre el coapinol. El primer golpe resonó profundamente en el corazon de todos los indios: la muchedumbre armada gritó al sacrilego, y lanzando gritos de furor, se arrojó sobre el que profanaba su árbol querido. Sin embargo, contentóse con desarmarle y arrojarle del país, amenazándole con la muerte si volvía á poner el pié en aquel territorio. Numerosas fumigaciones, súplicas fervientes y penitencias generales, hicieron olvidar el ultraje de que habia sido víctima el árbol venerado, y la paz se restableció.

A fuerza de súplicas, el cura obtuvo su perdon, y pudo volver á su parroquia. — «¡Celebra tu misa, le dijo el orador mije, sin inquietarte por saber si nosotros asistimos á ella: bautiza á los niños, entierra los muertos, observa todas las ceremonias de tu religion, pero guárdate de turbarnos en medio de nuestras antiguas costumbres!»

Todas las comarcas de indios que han entrado bajo el yugo español, aunque menos tenaces que los habitantes de Guichicovi, puede decirse que no han adoptado de la Religion católica mas que la práctica del culto exterior. En cuanto al culto moral, le han confundido con el de sus antiguas divinidades. Los indios dirigen á una imágen cristiana las oraciones que hubieran dirigido antiguamente á sus penates, y asimilan la pasion de Jesucristo á las apoteosis sanguinarias de las víctimas humanas, y la adoracion de la Virgen de Guadalupe ó de los Remedios, al culto del Cencolt y de Omecihual, divinidades de la mitología mejicana.